



METRÓPOLI Y CAMBIO TECNOLÓGICO (Apuntes para un debate sobre la ciudad contemporánea)

Antonio Fernández-Alba

Arquitecto

...de memoria se inflama lo posible probable.

(J. M. Ullán)

La concepción humanista de la ciudad proyectaba y construía sus espacios desde los esquemas y normas que aún prevalecían del *clasicismo* y el sentir romántico, valores espaciales y refugio ambiental de la ciudad burguesa, sin apenas tiempo para su consolidación. Con una gran carga innovadora aparecía la mirada *funcional* de la máquina y la acción revolucionaria de la crítica social sobre los nuevos espacios que debería albergar la ciudad industrial; estos dos factores comenzaban a fracturar la apacible y uniforme espacialidad burguesa en diferentes estándares tecnocráticos.

A la ciudad del *estilo internacional*, como se denominarían las diferentes constelaciones urbanas de la revolución industrial, le habían precedido las ideas derivadas de la *Ilustración*, planteando los esquemas de una traza puritana para la planificación de la ciudad como lugar donde dominara la virtud, la *ciudad como virtud* en el relato social de la época (s. XVIII).

El siglo XIX no llegó a consolidar de manera coherente el diferenciado y heterogéneo tejido de lo urbano en la convulsión que habían producido los métodos de la revolución maquinista y recorrería las diferentes taxonomías de acuerdo con los procesos y tiempos de la colonización industrial. La ciudad donde cohabitan todos los vicios posibles, que trae consigo semejante revolución; en la ciudad como agente creador de cultura, los lugares urbanos llegarían

a ser para un filósofo como Fichte, *modelos de la comunidad ética*. La idea de ciudad en el siglo XIX responde en fin a unos postulados de turbulencia intelectual que tratan en última instancia de superar el miedo al *dios dinero* y sobre todo a su aparato ideológico el *racionalismo mecanicista*, intentando refugiarse en un culto a la naturaleza, en un retorno mecanizado hacia la sociedad agraria.

De tal síntesis, cultural urbana y naturaleza rural debería surgir la ciudad socialista futura para los utopistas libertarios. Los rebeldes monólogos de Nietzsche permitirán a pensadores como Spengler, formular nociones de una ciudad que pudiera formalizarse *mas allá del bien y del mal* en un idílico territorio donde pudieran florecer los valores neoarcaizantes, valores que para un poeta como Rilke, en semejante entorno se sentiría asfixiado por la culpa que generaba la ciudad nueva.

La ciudad del *Estilo internacional del s. XX*, tan premonitoria de la contemporánea mirada metropolitana, englobaría en su espacialidad atópica los espacios por donde discurren, *sin lugar*, las muchedumbres solitarias del desarraigo y los espectros de la fragmentación del hombre moderno. La ciudad del siglo XX se perdió en la mirada melancólica de una ciudad pequeño-burguesa, incapaz de acoger y hacerse solidaria de la nueva gleba industrial, sin darse cuenta que la creciente mecanización, desarraigo y espectáculo serían los valores culturales que usurparían los recintos de la fenecida acción política sobre la ciudad.

Herencia cosechada que, no es de extrañar, se presente como un recinto descarnado del añorado sueño de la *Ilustración*. La ciudad que estrenaba la revolución industrial poco a poco se iba convirtiendo en árida geometría metropolitana, que parece sólo sirve, para cruzarla la sombra del viejo ciudadano por sus múltiples cañadas asfaltadas como en la bella estrofa de Ricardo Molina.

“Yo seré una sombra dulce y apasionada
que cruzará en silencio los verdes arrayanes”.

METRÓPOLI Y CAMBIO TECNOLÓGICO

El desarrollo metropolitano, los crecientes cambios tecnológicos, la producción del espacio habitable, las nuevas relaciones de la empresa con los modos de construcción tecnológica, la crisis del proyecto de los arquitectos para con los escenarios industriales de la ciudad o los nuevos paisajes de la “condición metropolitana”, son algunas cuestiones que hoy se enfrentan a los *modelos* de ciudad preconizados por las vanguardias europeas de principios de siglo y a los postulados ideológicos precedentes que han sustentado la formación del patrimonio urbano y ambiental que vivimos. Quizás ningún proceso como la transformación y metamorfosis de la

ciudad actual, sus símbolos y signos, su desarrollo material, pueda representar en la actualidad mejor laboratorio de experiencias para explorar algunos de estos horizontes donde se perfila el imaginario físico y formal del acontecer de esta “condición metropolitana” en la cultura de hoy. Cambio de signos y formas, espacios y lugares, modos de pensar y expresarse, han surgido en torno a esta simbiosis de la ciudad-metrópolis. El análisis de su morfología, el debate de las estrategias y tensiones que su evolución ha provocado, las opciones que puede ofrecer la instrumentalización técnica de nuestra civilización en los escenarios metropolitanos del inmediato futuro, son apartados de reflexión que nos interesa descubrir desde nuestros enajenados modelos de ciudad en los finales del siglo XX. Tres referencias, entre otras cuestiones críticas, me parecen procedentes de consideración y que inciden de modo anárquico en la evolución de la ciudad actual y en especial de la europea hacia esa morfología metropolitana producto de los efectos de la distorsión mecánica y medioambiental que lleva implícito su desarrollo. La ciudad concebida como imagen de una *metrópoli poliédrica*, que se enfrenta a la ciudad consolidada, ciudades históricas, conjuntos urbanos de la burguesía ilustrada, eclecticismo industrial, y que se configura como un archipiélago utópico de la razón técnica, manifiesta en diferentes territorios hoy consolidados como tales metrópolis, entre otros, Tokio, Hong Kong, México. La *ciudad desintegrada* no sólo en su morfología global, lugares pintorescos o escenarios del encuentro con el paisaje natural, sino desmembrada allí donde la tradición consolidada por la historia ha sido secuestrada por la conciencia racional del “proyecto moderno”. De esta desintegración surge una crítica a la ciudad consolidada y centralizadora frente a las nuevas exigencias de *movilidad* y *comunicación*, dos símbolos referenciales de la condición metropolitana, París, Berlín, Londres en el entorno europeo. La ciudad como *escenario confabulador de lo metropolitano*, donde la lógica de la producción y las estrategias del riesgo empresarial configuran los nuevos territorios del universalismo tecnocientífico. Esta tercera referencia plantea la propuesta de una intervención urbana global; la vieja ciudad, abate sus símbolos y se confabula con los signos de la condición metropolitana; reconocimiento de lo diverso, espacios en permanente cambio, tecnológicamente abierta, ligada al peligro de la destrucción del medio natural y dispuesta a aceptar el marketing del falso pluralismo de imágenes como signo de modernización, representadas en arquitecturas híbridas y aleatorias, de imágenes sin tiempo y sin espacio, donde la mirada de los que la habitan, ya no se pregunta por el sentido de las cosas.

PROYECTO DE ARQUITECTURA Y METRÓPOLI

Aquel concepto esbozado por Burchard que entendía “el Estado como obra de arte”, no tiene ni en la ideología ni en la sensibilidad de los “príncipes mercantiles” de la sociedad contemporánea, la fuerza y la capacidad de decisión como en sistemas tan contrapuestos como aquellos que se plantearon durante los períodos

del Renacimiento, Barroco, o Neoclasicismo. El absolutismo de la época llegaba a equiparar el poder a un ejercicio despótico ilustrado, “huella de fama en sus acciones, señalaba Maquiavelo, esto es imagen de hombres grandes y excelentes”. También resulta difícil de comprender hoy el espacio público que se construye en la ciudad entendido como un territorio fronterizo con los ideales de la República de Platón. La planificación y construcción de estos espacios se verifica mediante una segregación de funciones, de usos concretos, de imágenes polisémicas, espacios burocráticos, mercantiles, espacios del mercado, de intercambio, de ocio y relación, en redes de tramas de la comunicación, salud física, deporte o fiesta. Espacios de la casa-habitación y lugares donde acoger la muerte, espacios-objetos donde se reproducen las múltiples relaciones de la vida, espacios de la paz y la guerra en los finales de la ciudad. Esta transformación de lo urbano en metrópoli, no debe entenderse como una apacible domesticación de la naturaleza, sino más bien como la mercantilización de la experiencia sobre el habitar humano. Ante esta fractura que provoca la condición metropolitana entre cultura y naturaleza, entre construcción tecnológica de la ciudad y desarrollo de la experiencia socio-cultural se abren algunos interrogantes: ¿Existe en el poder del sistema mercantil el proyecto para poder con-figurar y definir la imagen del espacio de su tiempo que debe construir la arquitectura en la metrópoli? ¿Dónde reside ese poder y quién lo sustenta? ¿El *poder real* requiere para la conquista de los territorios de la metrópoli los valores simbólicos que se hacen elocuentes en la arquitectura? ¿Sigue siendo la arquitectura el artificio capaz de operar como objeto semántico en una cultura de intercambio mediático y despliegue de tanto aparato técnico de reproducción, y con tantos simulacros virtuales en la representación de la escena urbana?. Las respuestas que hemos podido contemplar en las últimas arquitecturas de la ciudad, las visiones tardomodernas y sus transparencias cristalinas, nos hacen patente que el papel asignado al proyecto de la arquitectura, en lo que tiene de proceso de producción del espacio habitable, está siempre atento a convertirse en pura *materia mercantil* incluidos sus propios valores artísticos o tecnológicos. Este proyecto para intervenir en la metrópoli ha de superar sin lugar a dudas la banalidad arquitectónica presente, sometida en tantas ocasiones a la estupidez gratuita. Al entender la arquitectura como una cuestión de estilo o de voluntad artística, restrictivamente lingüística, en la que tanto se afanan los “arcaico-novísimos” proyectos de las últimas arquitecturas.

AUTONOMÍA DE LO ESTÉTICO

Han cambiado mucho las demandas psicológicas y las actitudes sociales de los habitantes de la ciudad, un cierto abismo surge entre la intención del proyecto de lo urbano y el uso que de estos espacios verifica el ciudadano que los utiliza; de hecho así lo manifiesta la historia del proyecto moderno de la arquitectura y los edificios de muchas de sus áreas urbanas sobre la ciudad, sus símbolos y la iconografía de

sus signos, sus diseños vienen alimentados por una mal entendida *autonomía de lo estético* y son estos mismos factores los que se han transformado en procesos disolventes para los espacios de la ciudad, promovidos por la seudocultura de este “proyecto moderno”. El Estado, hoy, se aleja bastante de aquella concepción de “la ciudad como arte global” acariciada por Burchard, y se diluye en múltiples informaciones para entender al final la metrópoli como un objeto *mediático mercantil*, que ha de levantar sus escenarios espaciales construidos y formalizados por el modelo que se deriva de las estructuras económicas que lo hacen viable, y cuya cualidad primordial reside en el valor pragmático de lo útil, en la lógica del valor de mercado en la cuenta de resultados. Este pragmatismo por lo que se refiere a las características formales del proyecto de los arquitectos se traduce en un isomorfismo espacial, que viene a ser una versión renovada del *international style*, ahora con un abundante código de características eclécticas que tienden a confundir la identidad en la ciudad y a favorecer la fractura entre persona y medio urbano. La persona disociada dejó el corazón en la ciudad herida por la muerte industrial y trata ahora en lo que es la ciudad confusa, asimilar con inequívoca esquizofrenia las promesas que anuncian sus luminosos mensajes. El proyecto de la arquitectura no ha abandonado la conciencia interna que llevaba implícito en su afán reformador y que caracterizó los tiempos heroicos de los maestros constructores; pero esta conciencia viene sujeta y es prisionera de la primacía del *valor mercancía* y su expresión queda reseñada en la serie de arquitecturas, edificios y conjuntos urbanos que se suceden en los territorios de la metrópoli moderna y que se caracterizan por una auténtica *desmaterialización del espacio habitable*, que se hace elocuente en el difuso “experimentalismo” en torno a los materiales que proporciona la innovación industrial, aplicados generalmente a recubrimientos en la composición de fachadas; volumetrías de arquitecturas de trazado minimalista alternando con de-construcciones geométricas informales, cuya razón compositiva tiende a la disgregación y degradación de los códigos clásicos, en una fragmentación aleatoria de elementos arquitectónicos relegados a ejercicios simplificados de semántica historicista.

Un claro principio de expulsión y marginación del protagonismo de la planta, de la proporción y la escala en el desarrollo del proyecto; en su ausencia el recurso de la trama diagonal como garantía de modernidad entre interior y exterior del espacio. La autonomía de los procesos de representación permite una amplia gama de la producción de simulacros, un sistema de signos o recurrencias formales ajenos a la realidad constructiva, alejados de cualquier significado funcional, no es de extrañar por tanto que la *sección del espacio* sea ignorada o desfigurada en múltiples alusiones, y el sentido de la coherencia del cubo espacial marginado de cualquier referencia habitable. La ciudad hace algún tiempo que ha desaparecido como lugar donde reside la memoria, de la misma manera que se hace inviable la construcción subjetiva de lo real entre los muros pantalla de la comunicación mediática. Tipologías sin función real, isomorfismo espacial, materiales lábiles y efímeros, técnicas diversificadas para enfatizar el detalle o potenciar

el fragmento del signo arquitectónico, son algunos de los factores que configuran los símbolos de la expresión arquitectónica que construye la condición metropolitana. La persuasión retórica de la forma que alimenta el último proyecto del arquitecto, le permite aún el espectáculo de construir los arquetipos de la realidad virtual de la arquitectura, unos espacios sin límite en el tiempo y sin referencia a la conciencia individual y al orden social. La mitificación del capricho arquitectónico que se puede observar en tantos edificios y el anhelo de hacer evidente que el espacio que hoy construye la arquitectura es solidario con *su tiempo* y con *su precio*, son algunos de los supuestos ideológicos que ordenan las tesis centrales del último proyecto de la arquitectura del poder mercantil.

LOS LUGARES DE LA METRÓPOLI: MOVILIDAD, INFORMACIÓN Y CONSUMO

Una lectura en torno al hábitat de nuestras ciudades nos presenta el papel que ha ocupado la arquitectura moderna, como un asunto de expresión plástica acaecido en los “felices” años veinte, como un fenómeno, evidentemente constructivo, que acogía sin el menor resquemor crítico los dogmas revolucionarios de la mirada plástica y asumía sin rubor los deseos de trascendencia implícitos a todo el arte moderno, sepultando bajo las frías trazas de la función el sentido poético de todo objeto artístico. Junto a la pérdida del aura del proyecto se enterró después el entusiasmo por la técnica de la que era solidario. La condición metropolitana sólo parece admitir la cultura de la acción por el beneficio además de la del silencio frente a las demandas del sentido poético del espacio donde habita el hombre. Los silencios minimalistas con los que desean construir sus propios monumentos los arquitectos de la ironía, el silencio como símbolo de la *desmaterialización* de nuestra época, etapa sumida en un reduccionismo cultural que enaltece de manera alarmante la pérdida de los sentidos. Es cierta la crítica que presenta la forma de interpretar el trabajo de los arquitectos frente al proyecto de la ciudad, como las propuestas del demiurgo. El proyecto del edificio concebido en los límites y programas de una morada concreta, se traslada como única referencia compositiva para organizar la complejidad y diversidad de la ciudad, desde las secuencias de la ciudad industrial de A. Ganier a Le Corbusier, de la Brasilia de L. Costa a L. Khan son ejemplos más que elocuentes de estos ejercicios de cosmética planificatoria realizados desde la mirada del arquitecto y del consiguiente fracaso como formas de producción del espacio habitable en la ciudad industrial contemporánea.

MITOS NEUTRALES

La condición metropolitana lleva implícito en su acción invasora una demanda por lo “indefinido e infinito”, insaciable en su apetito por la conquista del territorio, la metrópoli es ante todo fascinación por los fenómenos de la *velocidad* y *rapidez* y

desarrolla un alto grado de función en la distorsión de los sistemas planificatorios del orden caos establecido. La forma metropolitana adquiere los signos de la *dispersión* y el *exceso*, que la ciudad anterior, burguesa o industrial no puede admitir en los tejidos consolidados por el acontecer de la historia. La espacialidad rural hace tiempo que ha desaparecido bajo los lazos de la autopista, *movilidad* y *tecnología*, *suministro* y *consumo*, *energía* e *información* reflejan en sus infraestructuras todos los signos de la expansión sin límites, junto a la incapacidad de proyectos críticos e imaginativos para controlar estas hipertrofias del crecimiento urbano. Nuestras ciudades no soportan en el espacio acotado para el deambular urbano la dispersión agresiva del tráfico motorizado, no admiten el exceso de promiscuidad que generan los desperdicios y materiales reciclados, la monstruosa calidad ambiental, la manifiesta violencia en la rutina de este acontecer urbano, donde apatía, ironía, fanatismo o costumbre ya forman parte de los modos de comportamiento en los lugares de la metrópoli. Así, la “modernidad reciclada” bajo los excesos del desarrollo metropolitano se convierte en un símbolo destacado de explotación del territorio, de modo que agudiza la destrucción del medio natural y degrada las formas más significativas del progreso de la técnica convirtiéndolos en pura mercancía de trueque. Si el proyecto del arquitecto para con la ciudad quedó hace tiempo acorralado en una serie de respuestas fuera del tiempo, los nuevos lugares de la metrópoli no han recorrido mejor suerte con los programas de desarrollo, las políticas territoriales, los planes de ordenación y edificación regional; todas estas acciones acumulan junto al fracaso de sus formas la impotencia de unas técnicas tendenciosamente aplicadas y que, vaciadas de su verdadero sentido creador, operan como “mitos neutrales”, como verdaderos artefactos técnicos que deforman la realidad del espacio. Carentes de emoción, su objetividad especializada se manifiesta en tantos lenguajes fragmentados y aleatorios que dispersos por la ciudad reproducen la mediocridad ambiental que ha de soportar el habitante de la metrópoli. Su único recurso es formalizar el espacio de la ciudad desde los *modelos normativos* que establecen los principios del horizonte técnico-científico moderno, en el que acontece de modo evidente la fragmentación de una existencia encapsulada y en los que se inscriben los postulados de esta condición metropolitana. Si la ciudad industrial adquiere su estatuto como símbolo urbano mediante la re-urbanización de las desoladas periferias y en la renovación de edificios con imágenes arquitectónicas apoyadas en los postulados de la transparencia escénica de las cortinas de cristal o en las formas fantasmagóricas de los calidoscopios de-construidos. El desarrollo de la metrópoli actual se configura como una cadena de fetiches tecnológicos diseñados como apriscos de arquitectura espectacular donde alojar transitoriamente las familias de mercancías. Cada vez con mayor insistencia se hace necesario recordar y aplicar al discurso tecnológico que la arquitectura ha de abordar sobre la construcción física a la metrópoli, hoy en gran parte ausente, la subdivisión kantiana de las facultades: “razón pura, razón práctica, juicio”, pues el itinerario más razonable parece pasar a través de un cambio radical en la visión de la tecnología (G. Vattino), esperando tal vez con el sosiego de aquella

inteligencia y mirada de la ciudad de W. Benjamin "en las cosas que yo no tengo habita el ángel nuevo".

OCASO DE LA CIUDAD. CONSTELACIÓN METROPOLITANA

Durante todo el agitado y al mismo tiempo innovador siglo XX, la lógica de la arquitectura ha sido suplantada por razones que no pertenecen a la razón de ser de la propia arquitectura. La ciudad no se construye con el proyecto de la arquitectura ni de acuerdo con los principios de la ciencia urbana, la metrópoli se va conformando mediante un proceso encadenado de técnica, procesos industriales y mercado que desemboca en los actuales programas de producción y transformación de nuestro espacio mediáticamente estimulado, de los que se da noticia al desplazado cliente anónimo de los territorios metropolitanos, lugares alejados de una salida, de manera que habitamos nuestros lugares y entre penumbras de formas sin sentido. Muchos proyectos y múltiples técnicas para edificar diferentes espacios han tratado de llenar los vacíos del lugar, aun por construir, de nuestro tiempo. A modo de introito, las primeras décadas del siglo intuían la ciudad moderna como un entramado ordenado de "memoria geométrica" que trataba de exhumar el principio del orden, ligado, como no podía ser menos, a un postulado de poder. La ciudad crecía en metáforas disimuladas como "mancha de aceite" y la arquitectura ofrecía más la cobertura de la imagen que las razones de su forma. Más tarde el habitante de la ciudad se transformó en espectador de lo urbano, el ciudadano y el lugar quedaron definitivamente escindidos, lo mismo que la arquitectura y su técnica edificatoria. Materia y forma, función y uso, bien anclado el siglo, la ciudad crecía invocando la necesidad de hacer inteligible la ambivalencia y discontinuidad de estos términos, tal vez porque la lógica capitalista que opera en el entorno de la *ambivalencia* se articula bien como principio de la complejidad, término que llegará a dominar la condición metropolitana en el ocaso de la ciudad industrial. Ambivalencia en los contenidos del espacio de la ciudad y complejidad en el proceso material de su construcción, la arquitectura guiada por un afán de la falsa subjetividad creadora de sus arquitectos, no ha podido superar su complejo de inferioridad frente al trabajo del artista y no hace más que verter en sus proyectos apóstrofes expresionistas de la plástica moderna dejando patente esta dudosa huella subjetiva, de manera que el espacio de nuestros edificios permanece fiel a la limpieza que efectuaron los funcionalismos iniciales.

INTEGRISMO TÉCNICO

El cubismo estructuró a muchos arquitectos en el diseño de los espacios abiertos y a concebir la planta libre que recomendaba la mirada del pintor sobre la ciudad, la abstracción dejó dibujadas bellas páginas del minimalismo constructivo y el

surrealismo trató de amparar las frías y transparentes paredes con las huellas de los signos del sentimiento. Luz, materia y espacio han sido valorados en los espacios de la ciudad como visiones pictóricas o escultóricas y en la actualidad como ritualizaciones publicitarias más que entendidos estos espacios desde el acontecer de la arquitectura, como *summa*, en definitiva, de actividades creativas. El ocaso de la ciudad industrial deja abierta una serie de interrogantes en el proyecto e intervención que a la arquitectura le corresponde como actividad creadora para con la construcción de la metrópoli contemporánea: ¿cómo intentar buscar e indagar el “sentido del lugar” en los territorios desmesurados de las transacciones financieras donde pueda habitar la dignidad del hombre?, ¿de qué modo se plantea en los entornos del “integrismo técnico” (P. Virilo) el proyecto de morada, en donde de manera tan eficaz triunfa la razón instrumental de la acción neoconservadora?, ¿cómo equilibrar una civilización que aún hunde sus raíces en un mundo de herramientas de miserias, aún adscritas al mundo agrario, junto al desarrollo del despilfarro de objetos de diseño de la fase industrial y tecnológica?, ¿acaso la nueva condición metropolitana ha de seguir reproduciendo los valores del consumo como única finalidad pragmática del entramado social y el orden visual del simulacro como modelo de su formalización espacial? El desarrollo material y formal de la metrópoli en los finales de siglo en el entorno de los países industrializados, nos permite indagar la ideología subyacente del proyecto “neoconservador” que construye y desarrolla los ingentes conglomerados metropolitanos. Esta ideología integra o trata de compatibilizar libertades, democracia liberal y capitalismo tecnológico moderno, bajo los “ideales” de nuevo recuperados del “progreso”, apoyados ahora en un nuevo soporte ideológico, en los valores morales del éxito económico y en la hegemonía totalitaria de la razón instrumental de la técnica. Este proyecto neoconservador aplicado al desarrollo de la metrópoli se aleja de cualquier presupuesto crítico y socialmente transformador del nuevo hábitat contemporáneo, las opciones de una técnica poderosa cada vez con mayor control totalitario, se alejan de los fines morales de la razón. Este poder que alberga la razón instrumental de la técnica opera bajo políticas de una economía que renuncia de manera despiadada al concepto de morada para la residencia del hombre y a la cultura de toda memoria histórica, introduce la arquitectura en el museo, anulando todo su poder crítico y congela la ética de las vanguardias en apartados sociológicos del sentir democrático liberal. El inmenso poder tecno-informativo ha roto la percepción de la realidad y crea una esquizofrenia mediática que escinde la propia condición humana. A la mirada cotidiana le resulta difícil entender el nihilismo espacial que invaden los signos en el territorio de la metrópoli. La ciudad desaparece como lugar de la memoria, como tránsito para el diálogo, como recinto donde intercambiar la palabra subjetiva, como territorio de nuestra propia existencia. En su lugar una arquitectura virtual eleva sus muros pantalla sin geometría alguna, ni en el espacio ni en el tiempo. Símbolos, signos y emociones, de una realidad abstracta y lejana que denominamos metrópoli, donde sólo se albergan los “misterios” de la mercancía y el acto de vender como suprema liturgia del credo mercantil.